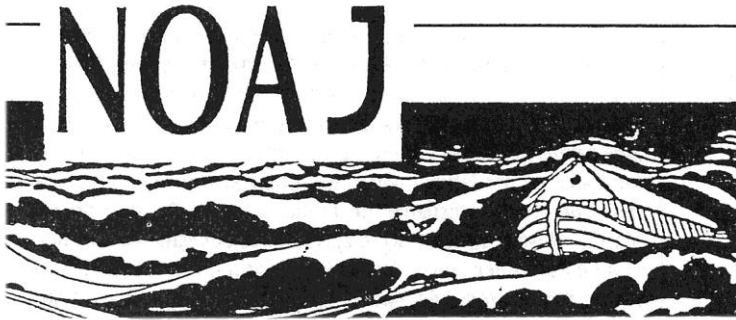




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Aguinis, Marcos. El terrible primer creador. pp. 3-11

El terrible primer creador

En el transcurso de una mesa redonda celebrada durante el reciente congreso de LAJSA (Buenos Aires, agosto de 1988), cometí la imprudencia de comunicar en forma demasiado escueta y frontal mis reflexiones sobre el mito de Caín. Aunque la mayoría del auditorio pareció comprender mi disruptivo enfoque, uno de los distinguidos panelistas se molestó sin disimulos. Prefiero atribuir su actitud a la excesiva síntesis de mi teorización. Este nuevo encuentro de escritores en Jerusalén me ofrece la oportunidad de ser más explícito. Parece que vale la pena.

No podría indicar con certeza qué me incomodaba en el mito de Caín. Tal vez cierto tufillo de injusticia, angulaciones misteriosas de la anécdota, ocultamiento de datos o anulación intencional de versículos. Quizás cierta compasión por el desprecio que sufrió su ofrenda con productos de la tierra antes de cometer el crimen o desconcierto por la naturaleza del castigo que se le aplicó.

Caín no sólo es el primer asesino. Es muchas otras cosas; entre ellas, es el primer humano que ocupa el lugar de hijo. Es el hijo de una pareja humana y asume plenamente dicho rol. Su aparición emite un sonido inaugural. Como hijo tiene a su cargo la continuidad y, al mismo tiempo, la renovación. Lo determina la ambivalencia de la lealtad y la rebeldía, la subordinación y el anhelo de independencia. Por la lealtad se articula con la filogeneia. Por la rebeldía se introduce en la historia. En el relato bíblico ya es rebelde la primera pareja (hija de Dios). Pero Caín va mucho más lejos (hijo del hombre). Algo me susurraba desde hacía años que su aporte no consiste en un abominable crimen, sino que el

ENSAYO

**Marcos
Aguinis**

Narrador y ensayista argentino, ex-Secretario de Cultura de la Nación. Entre sus obras se cuentan La cruz invertida (Premio Planeta), Refugiancia: Crónica de un palestino, La conspiración de los idiotas, Importancia por contacto (novelas); Carta esperanzada a un general, Un país de novela (ensayo).

* Texto enviado por su autor para ser leído en el V Encuentro Internacional de Escritores Judíos de Lengua Hispana y Portuguesa (Jerusalem, enero 1989).

crimen juega como la porción visible, suficientemente espantosa para silenciar un Caín retaceado. (...)

Veamos el mito

Adelanto y arriesgo mi tesis: Caín es un héroe mítico porque fue no sólo el primer hijo, sino **el primer creador**. Esta virtud me hace abrir los ojos. Por eso traigo su causa a este congreso de escritores. La Biblia lo instala al comienzo de la aventura humana. No es casual. En el brevísimo espacio que le dedica alcanza a puntualizar que siente, anhela, sufre, ama, odia, se descontrola, actúa, niega, confiesa y trasciende. Como un creador. Reúne caracteres de paradigma. Pero es detestado. Caín suscita repulsa por haber cometido el primer asesinato que fue, además, un fratricidio. Es quien demuestra que la temida muerte ya no es sólo amenaza y que un hermano puede ser el destinatario de la máxima agresión.

Es un maldito. Su conocida historia es narrada en apenas diecisiete versículos del cuarto capítulo del Génesis. Es una de las más breves y desoladores que contiene la Biblia. Ha sido objeto de comentarios y estudios a lo largo de innumerables generaciones, no sólo por las enseñanzas que brinda o la turbación que produce, sino por los enigmas que encierra. (...)

Es claro que el mito de Caín presenta analogías con otros que narran conflictos de hermanos: Etéocles y Polinices son los hijos varones de Edipo y Yocasta que se dan muerte recíprocamente; Rómulo asesina a Remo y se erige en único amo; Isaac es preferido a Ismael; Esaú es preferido a Jacob y se deja robar la progenitura

por un plato de lentejas; José suscita la envidia de sus numerosos hermanos que lo venden a unos mercaderes. Estos abundantes epígonos, sin embargo, carecen de la descarnada fuerza que emite el desolado mito de Caín, instalado al comienzo de la Biblia, en los primeros e inquietantes días del género humano sobre la hostil faz de la tierra, con su aparente simplicidad de un enredo de celos y odio, crimen y castigo. Como todo mito, conforma una prodigiosa condensación. Vale la pena desagregar los elementos que parecen subsumidos.

Veamos al héroe potencial

Caín es uno de los escasos personajes rebeldes que no recibe el premio de la gloria. Si bien su delito sufre inmediata sanción, tiene que cargar el resto de su vida una “señal” para no ser matado (finalmente parece que es matado lo mismo) y en ningún momento se insinúa que consigue o conseguirá el perdón. Como Prometeo, jamás accede a la clemencia de Dios; como Edipo, jamás logra la simpatía de los hombres. Como Prometeo, es un sancionado por ciertas leyes que no toleran ser violadas; como Edipo, todavía ningún padre se anima a ponerle su nombre a su propio hijo: Caín es una palabra henchida de atrocidad. No así, en cambio, la de su hermano Abel, la sempiterna querida víctima que torna sempiterno el repudiable crimen. Contra Caín se hipertrofia la abominación. “Afectivamente” — escribe L. Szondi —, “Caín acumula cólera y odio, envidia y celos, ira y venganza, además de la perniciosa ansia narcisista de notoriedad hasta la explosión”.

Asombra, no obstante, que del texto bíblico no emerja

una personalidad deleznable. Caín no es “malo”. La reciente decisión divina de que el hombre coma el pan con el sudor de su esfuerzo (Gén, 3:19) es cumplida reponsablemente, ya que se dedica a la agricultura con tesón e inteligencia. Más aún: se le ocurre presentar a Dios una ofrenda con sus frutos. Tampoco aparece como un individuo insensible. Es, justamente, muy sensible. Tan sensible que por ahí empieza su perdición: estaba demasiado atento a la receptividad que expresaría Dios por su ofrenda y le importaba mucho el amor con que su amor sería correspondido. Contra sus expectativas, ocurre lo peor: Dios se interesa por la ofrenda de su hermano Abel, que es menor y que le ha copiado la iniciativa. Siente que Dios no estuvo distraído, sino que lo ha abandonado; que le retiró su amor y que se lo retiró sin ninguna duda porque lo ha desplazado a otro. Se entristece y encoleriza.

Se entristece porque acaba de sufrir una pérdida (el amor de Dios). Y se encoleriza porque se ha beneficiado Abel (rivalidad). Lo primero es fácil de comprender, lo segundo es consecuencia de un complicado rodeo que contiene un enigma. Lo cierto es que su malestar es visible: lo narra el texto bíblico en tercera persona y lo repite Dios cuando le pregunta “¿por qué te encolerizaste y por qué se abatió tu rostro?” (Gén, 3:6). Pero Dios no le ofrece consuelo ni compensación; tampoco su hermano; los padres ni aparecen. **Caín está solo.** Solo y compungido. Su desesperación aumenta. En su espíritu se ha operado una terrible metamorfosis que no puede controlar. Entonces busca a su hermano y lo mata. Está poseído por el estado que los juristas denominan “emoción

El terrible primer creador

violenta”. Curiosamente, el texto no introduce una palabra para describir qué ocurre en su ánimo después del crimen; acaba de protagonizar el primer asesinato desde que el mundo es mundo, por primera vez tiene ante sus ojos un cadáver y su hermano es eliminado como rival pero también como compañero.

(...) Caín eclipsa su papel heroico. No sólo es acusado por Dios: **él mismo se acusa.** Reconoce su culpabilidad, se avergüenza, acepta el castigo. Y vuelve a mostrar cierta coherencia: es un “buen” sujeto. Pero esta conclusión contradice la opinión que tiene de sí mismo, el peso de la maldición divina, el inextinguible rechazo que le sigue teniendo la humanidad. ¿Qué historia esconde su historia?

Veamos su rebelión

(...)La historia es lúgubre e inconfortable. Como tragedia es pobre. Está compuesta por tres personajes: Abel, Caín y Dios. La escenografía oprime: acaba de perderse el Paraíso y la armonía con el Creador; imperan la incertidumbre, la soledad; el mundo se extiende vacío de personas. Sólo están Abel, Caín y el espíritu de Dios (en el que parecen subsumidos Adán y Eva, los padres ostensiblemente ausentes). Entre los hermanos no se desarrolla la camaradería: cada uno se dedica a una tarea diferente, antagónica: mientras Abel prefiere cuidar los animales que se reproducen **sobre** la tierra, Caín se dedica a **roturar** la tierra. Abel es el símbolo de la etapa pastoril y nómade, mientras Caín representa la agrícola y sedentaria. La historia y la antropología demuestran que la producción agrícola y sedentaria continúa a la nómade,

pero en el relato bíblico, curiosamente, (no debe ser casual) la cronología aparece invertida.

Cuando nace Caín, su madre Eva exclama: **Caniti ish et Adoshem** (Gén, 4:1). Significa: “adquirí un hijo con (por, gracias a) el Señor”. De allí su nombre. Es el primer humano que nace de mujer. Pero, al igual que en las mitologías teándricas de otras fuentes — y que fueron expurgadas del texto bíblico — expresa la difundida creencia en los acoplamientos de fuerzas divinas y seres mortales que producen la categoría de los héroes. Por su nacimiento, Caín — hijo de una mujer y la divinidad — estaba destinado a cumplir un papel de trascendencia.

Y lo logra: opuestamente a la actitud sumisa de Abel, se dedica a **corregir** la obra de Dios. ¡Portentoso! En vez de “administrar” los bienes **dados**, como hacen los pastores nómades, quienes se limitan a beneficiarse de la situación imperante y cuando esa situación los desfavorece se resignan a mudarse de sitio, Caín se pone a “modificar” la tierra para estimularla y forzarla a que le brinde más y mejores frutos. Se liga a ella, la abre, le introduce semillas. Caín se apropia de “la gran madre” con la cual el mismo Dios creó al hombre. Esta fuerte competencia con Dios no concluye en la faz agrícola y sus consecuencias irrefrenables, sino que más adelante, ya maldito y condenado, se convierte en el primer constructor de ciudades (Gén, 4:17), una invención que no se debe al Creador sino al hombre que, con ellas, acelera la profunda modificación del universo.

Estas realizaciones de Caín se oscurecen tras el impacto de su crimen. No sólo mata a Abel: al matar a Abel mata al Caín héroe.

Si no, sería recordado como el Prometeo de la Biblia. Prometeo beneficia al hombre con el fuego de los dioses, Caín con la agricultura y las ciudades. Uno arrebató a Zeus la herramienta del progreso y el otro **inicia el progreso** mediante la fecundación artificial de la tierra. Ambos cercenan el poder, la exclusividad y el absolutismo del cielo. Por eso ambos son castigados.

La historia de Caín, sin embargo, es más tortuosa, cualquiera que sea la versión prometeica que utilicemos de contraste. El Génesis evita precisar que Dios lo sanciona por su indeseable condición de labrador. Sólo narra que no le agradan los productos de la tierra que devotamente le presenta como ofrenda. Los exégetas y comentaristas de sucesivos tiempos no logran acertar, desde luego, con una explicación satisfactoria del desprecio divino. Probablemente no se atreven a reconocer en ese desprecio un disgusto y en el disgusto la demasiado humana cólera de Dios: la misma cólera que tuvo años antes cuando Adán y Eva comieron del árbol del conocimiento. Entonces Dios dijo: “He aquí que el hombre se convirtió como uno de nosotros para conocer el bien y el mal; y ahora, si extiende su mano y toma también el árbol de la vida y come, vivirá para siempre” (Gén, 3:22). No podía aceptar que sus criaturas fuesen iguales a Él, aunque tuvieran su imagen y semejanza — o porque precisamente dicha imagen y semejanza les facilitaba el acceso a compartir todo el poder —. Los expulsa del Paraíso antes que también se hagan inmortales. La de Adán y Eva fue la primera insubordinación. La de Caín es la segunda. Pero no sólo se rebela contra las órdenes de Dios, va más allá: **impugna la Creación, impugna el orden establecido:** al

“crear” nuevos productos, se aventura a proponer otra versión del universo. Y esto ya es muy grave: usurpa a Dios.

Recordemos que cuando los hermanos presentan sus ofrendas, Dios rechaza la compuesta con frutos de la tierra porque simbolizan la inventiva del hombre. Dios parece arbitrario, pero no lo es: le agrada más la actividad de Abel, que **no cuestiona** lo dado. Esta interpretación puede confirmarse con el tipo de pena que se le aplica al asesino: ni la muerte, ni la cárcel, ni el azote. Ni siquiera que un cuervo le picotee a perpetuidad el hígado. Nada de eso. El castigo consiste en que yerre por la tierra, **sobre** la tierra, que se convierta en un nómada como fue Abel, precisamente. Que abandone su tarea de labrador: “Cuando trabajes la tierra, no volverá a darte fruto; errante serás en la tierra” (Gén, 4:12). (...)

Veamos su mayor delito

El texto bíblico narra que Caín es el hijo primogénito, pero no el más querido; el más querido es su hermano menor. ¿Por qué? Esta preferencia se repite en varios capítulos posteriores contradiciendo la importancia que se otorgaba a la primogenitura. El primogénito es y no es el más querido, pero sí el que goza de mayor jerarquía entre los hermanos y en la sucesión. Es deseado antes de nacer, y motivo de júbilo su llegada al mundo porque satisface parcialmente el anhelo de inmortalidad que acucia al padre: brinda cierta garantía de perpetuar su simiente y conservarlo vivo en la memoria. Pero cuando el primogénito crece y nace otro hijo, la ternura de los mayores se desplaza hacia el último. ¿Qué ha

El terrible primer creador

pasado con el primogénito? Ya no es el exclusivo vehículo de la inmortalidad deseada por el padre, puesto que también la conseguirá mediante su hijo más joven. Pero el mayor tiene una compleción más robusta, es casi un hombre o todo un hombre; por su solo aspecto se parece al padre, va perdiendo sus rasgos de hijo dependiente y se acentúan los del rival amenazador; en cualquier momento le disputará el poder — lo hizo Lucifer, lo hace Caín, lo hará el príncipe Absalón con el rey David —. El amor al primogénito marcha en relación inversa al miedo que suscita. Es el parricidio potencial. Es en el que antes que nadie se sospecha, como relata magistralmente Dostoievski en **Los hermanos Karamazov**. Entonces muchas veces los primogénitos terminan por ser apartados, como Ismael, o cercenados en su poder, como Esaú.

Caín se encoleriza con Dios, no con Abel, hacia el que posteriormente desplaza su ira. Ya **era** el rival de Dios al impugnarle el universo mediante la labranza (que implica **creación**). Vuelve a impugnar a Dios cuando no se somete a su criterio aparentemente arbitrario e injusto de menospreciarle la ofrenda. **Caín había empezado su parricidio** antes de materializar el primer homicidio. Una versión apócrifa sostiene que Caín habría preguntado a Abel: “¿Por qué ha sido aceptada tu ofrenda y rechazada la mía?” y Abel respondió sencillamente: “La mía fue aceptada porque amo a Dios; la tuya fue rechazada porque lo odias”. Dios no es el injusto autor del desprecio, sino Caín. ¿Y cuál era esa “mala disposición” de Caín, cuál era el mencionado odio anterior a la ofrenda? Los exégetas no lo dicen ni lo pueden saber:

es el impulso parricida, su deseo de competir o suplantar a Dios. Cuando el Padre expresa que prefiere al otro hijo, el mayor se siente justificado para liberar su contenida furia (que viene de antes). Intenta matarlo matándole el objeto de amor: Abel. A través del fratricidio consuma un parricidio, el parricidio que escamotea el Génesis. Mata por primera vez, cegado por la cólera: quien debía morir era el que lo desahució, su Padre, autor del

universo que él considera imperfecto. La Biblia, por ser un libro que, además de reunir mitos y leyendas, crónicas y poesía, legislación y tradiciones, desempeña un papel religioso fundamental, no puede sino **reprimir el crimen más antiguo de la humanidad** (parricidio) y **lo describe**

como un crimen fraterno. A pesar de la excelente traspolación y de las reiteradas correcciones del texto hasta su canonización definitiva no ha logrado borrar todas las huellas, en especial la muy significativa **irritación** de Caín contra Dios y su **manifiesta insolencia**, pero cumple el objetivo de exponer en forma despla-

zada el impulso asesino que marca con sangre el comienzo de la organización humana.

Caín, que en el texto latente es un parricida (deicida), se convierte por efecto de la represión en un sujeto abominable. Se oscurecen sus méritos para convertirlo en objeto de múltiples versiones degradantes. No sólo es el "malo" como consecuencia de un estallido de emoción violenta, sino hijo de Eva y un demonio (inversión de su origen divino). En efecto, elaboraciones posibles narran que el demonio Samael se disfraza de serpiente y, después de inducir al hombre a comer del árbol del conocimiento, engendra a Caín con Eva, corrompiendo así todos los hijos de la subsiguiente unión con Adán. Otra versión dice que Samael aguarda a que Adán yazga con Eva y se quede dormido para ocupar su sitio. Eva se entrega a él y concibe a Caín. Caín, por lo tanto, no es el héroe hijo de Dios y una mujer tal como deja entender la exclamación que le dio el nombre, sino el engendro de una mujer y "el mal".

Si ligamos este texto al contexto donde transcurre, el parricidio latente de Caín es un deicidio; **su crimen es mayúsculo**, no tiene parangón ni atenuantes. Si bien no mata manifiestamente a Dios, mata al hombre que es su imagen y semejanza. Si bien no usurpa su trono, logra instalarse en un sitio equivalente pues cancela la vida (que es el gran milagro de Dios). Esta osadía perturba mucho. Se prefiere ignorarla, por el parricidio subyacente. Pero en realidad **Caín es el chivo expiatorio por la virtud creadora que tienen los seres humanos y que los convierte en eternos**

Caín, que en el texto latente es un parricida (deicida), se convierte por efecto de la represión en un sujeto abominable. Se oscurecen sus méritos para convertirlo en objeto de múltiples versiones degradantes.

competidores e impugnadores de un Creador al que desean someterse y contra el que no cesan de rebelarse. (...)

Veamos cómo muere y cómo sigue vivo

A medida que la ortodoxia petrifica los textos manifiestos mediante una sacralización que bloquea la investigación y los cuestionamientos, aumenta el repudio hacia Caín. La Biblia desborda crímenes de toda laya y muchos asesinos no pierden por esta causa su estatura de héroes. Pero Caín sigue etiquetado como el **gran criminal**, el que no merece clemencia ni perdón. Son escasos los intentos reivindicativos. Un *midrash*, por ejemplo, cuenta que Caín dijo al Señor: “Es cierto que he sacrificado a mi hermano, pero Tú fuiste quien puso el mal instinto en mí; Tú eres el guardián de todo lo creado y me dejaste que matase a Abel; es más, Tú eres el que ha matado a Abel pues si hubieras acogido mis dones como los suyos, nunca se hubiera despertado en mí la envidia”. El autor de este alegato posbíblico no es un creador ni tiene pasta de héroe como Caín; por el contrario, para él todo se pondrían en orden — y sería posible la exculpación — si se entiende que el responsable verdadero del crimen es el mismo Dios, con lo cual el crimen no sería tal. Se tranquiliza enfatizando que ocurrió por voluntad del Eterno, es decir, no hubo exitosa insubordinación humana, cercenamiento del poder celestial (“Tú eres el que ha matado a Abel”) y ni siquiera intento de parricidio. Instala a Caín en una posición sometida e impotente como fue la de Abel, como es la de él mismo (el autor de ese *midrash*). Indirectamente añade otra prueba de que la turbación que genera

Caín a lo largo del tiempo no se reduce al fratricidio: éste se podría tolerar si no encubriese un delito peor.

Para construir el mito de Caín se recurrió a materiales próximos y aparentemente baladíes, igual que en un sueño. Pareciera que el punto de partida fue el pueblo de los **kenitas**, muy vinculado a los capítulos iniciales de la historia hebrea. Los kenitas habitaban en el Sinaí y estaban emparentados con los midianitas. Hacia ellos huyó Moisés luego de dar muerte a un capataz egipcio. Se casó con la hija del sumo sacerdote Ietró. La divinidad que adoraban y que solía manifestarse junto al monte Horeb se llamaba Iahvé. Por eso algunos teólogos como Vischer aventuran hablar de “Iahvé, el dios de Caín”. Cuando las tribus hebreas avanzaron hacia Canaán, los kenitas se incorporaron a sus columnas y terminaron fusionándose con el resto de la población israelita. En arameo, “Caín” significa **lanza y herrero**; a un descendiente de Caín que se llama Tubal-Caín (Tubal el herrero) el Génesis le confiere la virtud de haber inaugurado la utilización del cobre y del hierro. Los kenitas, por su parte, fueron hábiles en el trabajo de los metales. De esta forma, pues, tenemos un pueblo nómada que adoraba el Dios que adoptarían definitivamente los hebreos y que, curiosamente, es vinculado con el primer criminal. Su cualidad de herreros dio origen, posiblemente, a la asociación, ya que los metales servían para confeccionar armas. Pero el mito se cuida muy bien de mencionar este dato: Caín mata, **pero no se explicita con qué**, y seguramente no lo hace con un arma blanca. Caín, por otro lado, es agricultor y luego constructor de ciudades, tareas opuestas a la de los kenitas que

habitaban en tiendas y se desplazaban con sus rebaños por las extensiones del Sinaí. Los fraternos y “buenos” kenitas, nómades y generosos, por efecto de la **inversión encubridora**, dan origen al personaje “malo”, agricultor y egoísta.

El vínculo de Caín con los kenitas ha tratado de ser borrado. Resultaría poco aleccionador — y muy desconcertante — que un delincuente tan terrible como Caín gozara de una respetable

descendencia como eran los kenitas. Por eso Adán, tras un prolongado duelo, engendra a Set, de quien proviene la mayor parte del género humano. La descendencia de Caín, en cambio, se agota en la séptima generación, según la Biblia e interpretaciones posteriores. Pero no alcanza con anular

su descendencia u ocultar su vínculo con los kenitas: es preciso asegurarse de que el propio Caín ha muerto. Es necesario explicarlo, porque la Biblia deja inconclusa su historia luego de asegurarle Dios que nadie lo agrediría merced la señal que le pone. Contrariamente a otros personajes de quienes se cuenta su

muerte y los años que alcanzaron a vivir, nada se dice al respecto de Caín. Para algunos representaría el “mal”, el espíritu asesino que continúa gravitando en los hombres. Al mismo tiempo — y contradictoriamente — su inmortalidad implicaría un ilógico premio, una inaceptable concesión a quien se atrevió a protagonizar la más prohibida de las rebeliones. Tranquilizaría saber que murió, y mejor si murió de una forma rotunda e indigna. Se crean entonces tres versiones cardinales: a) se derrumba su casa y muere como presuntamente le ocurrió a Abel (retaliación), aplastado por una piedra; b) sucumbe en el diluvio universal junto con los otros monstruos de la tierra; c) lo asesina su tataranieto Lamec, con lo cual se cierra el círculo de una estirpe asesina (el parricidio no manifiesto de Caín aparece en el que se comete **contra** Caín).

Los héroes, por la dialéctica de la cultura, **pasan de ser hijos rebeldes a padres legisladores**. En la mitología y en la historia observamos que esa mutación del rol se da siempre. El héroe acaudilla y representa a sus hermanos que impugnan al padre y su viejo orden o régimen, y después se convierte en la autoridad efectiva o moral del nuevo. A Caín se le cercena la condición de héroe escatimándole el rol de padre. Hemos visto que por un lado se efectiviza la continuación de la especie a través de su hermano Set y por el otro se cancela la descendencia de Caín en la séptima generación. Se tiende a evitar que se lo reconozca como padre **porque es necesario reprimir cuán padre es, efectivamente, de la especie humana**, la que hasta el presente continúa obediendo su autoridad y su modelo: prosigue la agricultura, crea y

Los héroes, por la dialéctica de la cultura, pasan de ser hijos rebeldes a padres legisladores.

amplía ciudades...y multiplica hasta lo imaginable el homicidio!

(...)Caín (terrible creador primordial) y su descendencia han trastornado la sencilla vida original, el orden del creador, y desvían el universo hacia un derrotero no previsto. Por esto Caín es castigado. Y por haber cometido un fratricidio — que después se multiplica en forma atroz — él mismo derriba su merecido sitio de héroe. A un escritor no deja de fascinar también que tan precozmente, en la Biblia, surja de la madera del primer héroe, el primero — y muy dramático — antihéroe. Un creador cabal que en sólo un instante malogra definitivamente su gloria.

Bibliografía

Abadi, Mauricio **Psicoanálisis, recorte y montaje**. El Cid. Buenos Aires, 1982.

Aguinis, Marco, **Caín o el revés de un héroe**. Rev. de Psicoanálisis, XLV, 1, 1988.

Bible de Jérusalem. Les éditions du Cerf, París, 1956.

Bin Gorion, M.J., **Die Sagen der Juden**. Rutten und Loening, Francfort, 1913.

Delitzsch, F., **Genesis**. Dörfling und Franke, Leipzig, 1852.

Ebenda, XIV S. Midrash Tanchuma, Bereshit, cit. por L. Szondi.

Freud, Sigmund (1913), **Tótem y tabú**.

- (1914), **Introducción al narcisismo**.
- (1921), **Psicología de las masas y análisis del yo**.
- (1926), **Inhibición, síntoma y angustia**.

El terrible primer creador

Graves, Robert y Patai, R., **Los mitos hebreos**. Alianza, Madrid, 1986.

Marucco, Norberto C., "La melancolía: el ocaso de una pasión". Rev. de Psicoanálisis, XLIII, 4, 1986.

Rank, Otto, **El mito del nacimiento del héroe**. Paidós, Buenos Aires, 1961.

Rougmont, Denis de, **El porvenir es cosa nuestra**. Sur, Buenos Aires, 1980.

Szondi, L., **Caín y el cainismo en la historia universal**. Biblioteca Nueva, Madrid, 1975.

Vargas Llosa, Mario, **García Marquez, historia de un deicidio**. Barral, Barcelona, 1971.

Vischer, W., **Jahwe, der Gott des Kains**. Kaiser Verlag, Munich, 1929.

Wiesel, E., **Mensajeros de Dios**. Ediciones Seminario Rab. Latinoamericano, Buenos Aires, 1981.